

**Papeles  
del  
Este**  
*Transiciones  
poscomunistas*

**N.º 7 (2º semestre 2003)**

**ISSN 1576-6500**

[www.papelesdeleste.com](http://www.papelesdeleste.com)

**UCM**

**UCM**  
UNIVERSIDAD  
COMPLUTENSE  
MADRID



**ICEI**

**Papeles  
del  
Este**  
*Transiciones  
poscomunistas*

**Nº 7**

**ISSN 1576-6500**

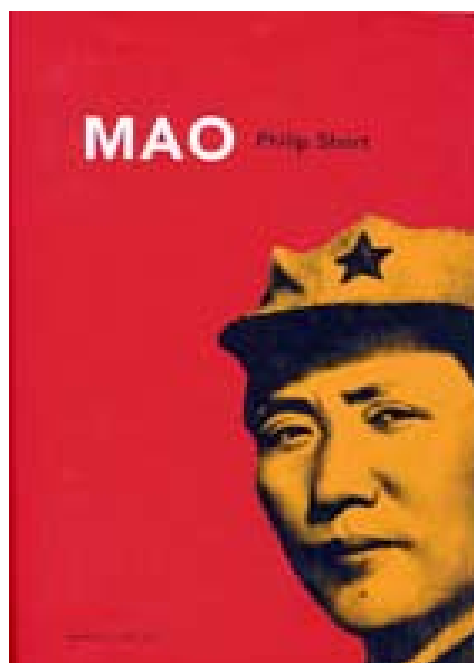
## A vueltas con un 30 por ciento

***Mao***

**Philip Short**

Título original: *Mao. A life*. 1999.  
Traductor: David Martínez Robles.

Ed. Crítica. Memoria Crítica.  
Barcelona, 2003.  
762 páginas



**Por Luis Miguel Úbeda**

En el mercado anglosajón las biografías de Mao de Jonathan Spence y Short se publicaron casi simultáneamente en 1999, aunque en el español sus traducciones tuvieron que esperar respectivamente hasta 2002 y 2003.

Si la primera tenía un carácter divulgativo, casi de ensayo biográfico, sin citas a pie de página ni prácticamente referencias bibliográficas, esta nueva semblanza es más ambiciosa y pasará a convertirse en canónica por la abundancia de fuentes y los detalles de algunos episodios.

Este Mao triplica en extensión a aquel y se apoya en una abrumadora acotación del texto (2538 notas en cien páginas, muchas de ellas simples pero interesantes “fuentes orales” que dan un cierto tono y que habrá que dar por buenas sabiendo que el autor pasó once años en China como corresponsal de la BBC). La mayor parte de la bibliografía se cita en inglés, aunque hay numerosos originales chinos, buena parte de ellos los documentos originales del PCCH, para cuya consulta Short contó con la inestimable colaboración de su esposa Renquan.

Su soltura para escribir reporta una lectura amena, rompiendo muchas veces la mera estructura cronológica para fijar algún detalle o resaltar la evolución en el tiempo. Véase el primer capítulo en el que salta de 1935, la reunión del Politburó en Zunyi, cuando Mao conquista definitivamente la dirección del partido y el Ejército Rojo tras la penosa prueba de la Larga Marcha, a 1961, cuando se pasea en su tren privado por China como un viejo rijoso de 65 años, espiado en su lecho secretamente por sus viejos camaradas.

Si el Mao de Spence era muy sumario, este profundiza en episodios controvertidos y en los personajes, retratados con mayor riqueza de matices. Se nota, por ejemplo, que Zhou Enlai no es santo de su devoción. “Sobrevivió porque traicionó”, escribe Short.

Mao fue “caprichoso e impredecible”, según su biógrafo, poseía un “talento cruel”, una mente “sutil y atenta y un carisma capaz de inspirar terror”. Tenía una “extraordinaria combinación de talentos: era un visionario, un hombre de Estado, un político y un estratega militar de genio, un filósofo y un poeta” (pp. 587 y 628).

Implícitamente le reconoce incapaz de construir algo nuevo y viable, de llenar esa página en blanco sobre la que se podían escribir los más bellos poemas, una de sus metáforas literarias favoritas, pero políticamente siniestra: “La revolución tiene más

que ver con la destrucción de lo viejo que con la dolorosa construcción de lo nuevo. El legado de Mao consistió en allanar el camino a unos hombres menos visionarios y más prácticos que construyesen el resplandeciente futuro que él nunca pudo alcanzar” (p. 630).

Interesante pasaje porque señala la distancia entre lo que pretendió Mao, que perdurase la revolución, con lo que consiguió, un PCCH con una ideología “abandonada, nominalmente socialista y capitalista en todos los demás aspectos” (p. 626), algo sobre lo que podría debatirse, la verdad.

Short echa mano de un anónimo “cuadro izquierdista” para retratar a un Mao en términos muy parecidos a los que Jruschov utilizó para describir a Stalin y el ambiente que le rodeaba en el *Informe secreto al XX Congreso del PCUS*. “En los últimos años casi nadie confiaba en él. Muy raramente lo veíamos y cuando [lo hacíamos], nos aterraba la posibilidad de decir algo equivocado, por si lo consideraba un error” (p. 587).

## Un dudoso legado

Short asegura que antes de morir el presidente Mao resumió su legado en dos cosas: la lucha contra Chiang Kaishek y la Revolución Cultural (p. 623) apoyándose en Wang Nianyi, *Da dongluande niandai*. Difiere en esto de Spence, quien sigue a Schoenhals, *China's Cultural Revolution*, en el que las aportaciones de Mao se resumen de otro modo: lucha contra los nacionalistas y haber lanzado la guerra contra la invasión japonesa. Había “pedido a los japoneses que regresaran a su tierra ancestral” son las palabras que usó. Spence es aquí más perspicaz que Short. Recuerda que Mao no dejó escritos sobre la Revolución Cultural, muy al contrario de la guerra contra los japoneses y contra Chiang Kaishek, por lo tanto tiene muchos más visos de realidad su cita que no la de Short, aunque quién sabe, porque el pensamiento Mao Tsetung se dosificando en unas citas que valían para un roto y un descosido: “Agitar la bandera roja para oponerse a la bandera roja”, “la flor flagrante era en realidad una hierba venenosa”...

Con lo que ha llovido acaso sea una polémica vacua, pero supone un aviso al lector acerca de la insuficiencia de las fuentes y las citas para llegar a comprender determinados aspectos de calado en la biografía del revolucionario chino.

Sorprende que, aun manteniendo las distancias con el personaje y el gobierno que instauró, se cuelen valoraciones cuando menos chocantes, como cuando asegura que Mao “liberó a China de la camisa de fuerza de su pasado confuciano” (p. 630).

El autor se resiste a considerarlo en el mismo plano que Stalin o Hitler, cuyos paralelismos son “contundentes”, aunque “falsos” (p. 629). “Stalin planeó deliberadamente la exterminación física de los que obstruyeron su paso (...) La *solución final* de Hitler estuvo diseñada para eliminar en las cámaras de gas un grupo racial al completo”.

Mas, en el caso del chino, la “inmensa mayoría de los que murieron sacrificados por las decisiones políticas de Mao fueron víctimas del hambre. El resto –tres o cuatro millones— fueron el residuo humano de su épica batalla para transformar China”. (¿Para liberarla acaso de la camisa de fuerza de su pasado confuciano?).

Admite que es un flaco consuelo para las víctimas, pero eso no impide colocarlos inequívocamente en categorías diferentes. “Al igual que, legalmente, existe una distinción capital entre el asesinato, el homicidio y la muerte por negligencia, también en política existen grados de responsabilidad, en relación a la motivación y los propósitos, para los líderes que provocan un sufrimiento masivo en su pueblo.”

Short deja la puerta abierta a otras valoraciones porque en China la historia se dicta lentamente. “Queda un largo camino por recorrer hasta llegar al veredicto final sobre el lugar que debe ocupar Mao en los anales de la historia de su país”.

El problema de esperar más tiempo al veredicto de la historia es que al final no interese a nadie. ¿A quién le importa a estas alturas el cómputo del PCCH sobre Stalin en los años sesenta curiosamente coincidente con el de sus sucesores sobre él mismo: 70 por ciento de aciertos, 30 por ciento de errores? Aparte de ese desconsiderado aunque épico “residuo humano”, ¿dónde situar los millones de muertos por la política “negligente” de Mao o los millones de asesinados por Stalin? ¿En el 30 por ciento?

Da la impresión de que ante las hermosas vaguedades de la unificación china y su puesta en órbita como potencia mundial, el precio en términos de sangre, de dictadura política y arbitrariedades serían naderías. O de otro modo: la “liberación del país de la camisa de fuerza de Confucio” convalida todo lo demás, incluido naturalmente el “residuo humano”.